

## L. H. Obereit visita el País de los Devoradores del Tiempo Por Gustav Meyrink



(Gustav Meyrink): En el cementerio de la parroquia del pequeño pueblo de Runkel, un lugar olvidado del mundo, descansa para la eternidad el cuerpo de mi abuelo. Su tumba de piedra está cubierta de musgo y apenas se lee el epitafio. Pero bajo dicho epitafio, tan reciente como si hubiera sido hecho apenas ayer, se ven con absoluta claridad cuatro letras alrededor de una cruz:

V	I
V	O

VIVO. Eso quiere decir “*estoy vivo*”. Ese fue lo que entendí cuando leí por primera vez la inscripción, siendo apenas un niño. Una palabra que impresionó tan hondamente mi alma como si el muerto hubiera abandonado su tumba.

VIVO. Estoy vivo. Extraño lema para aquella tumba de piedra. Algo que aún hoy, al recordarlo, me estremece el corazón. Y... cuando rememoro aquel lejano día de mi infancia, experimento la sensación de caer en un pozo sin fin, como la primera vez

que estuve allí. La imaginación me hace ver a mi abuelo -a quien no pude conocer mientras vivía- yaciendo en su tumba, incorrupto a pesar del paso del tiempo, con las manos cruzadas, con sus ojos abiertos, translúcidos como el cristal e inmóviles; como alguien que ha escapado de la putrefacción y espera paciente y silencioso el momento de su resurrección. He visitado muchos cementerios en muchos pueblos, guiado por el vago deseo, de leer los epitafios de las tumbas, buscando aquel anagrama. Únicamente dos veces vi la cruz con la palabra VIVO, una en Danzig y otra en Nuremberg. En ambos casos el nombre del muerto había sido casi borrado por el dedo del tiempo; en ambos casos la palabra VIVO brillaba con toda la fuerza del instinto indomable de la vida.

De joven oí contar que mi abuelo no dejó escrita ni una sola línea. Por eso lo más apasionante, para mí, fue descubrir en el cajón de un viejo escritorio -un recuerdo de familia- cierta cantidad de notas escritas por él y encuadradas como si de un libro se trataran. En una de ellas leí esta extraña oración:

*¿Cómo puede escapar un hombre de la muerte, si no es cesando en su espera y renunciando a toda ilusión?*

Esta frase me hizo reflexionar sobre la palabra VIVO, más allá de su significado literal y siempre la tuve presente desde aquella edad temprana cuando la vi gravada en la tumba; una palabra fantasmagórica, un conjuro mil veces repetido en mis pensamientos, en mis sueños, en los momentos más insospechados de la vigilia. Si alguna vez había pensado que fue una mano extraña la que acaso escribiera VIVO en su tumba bajo su ya irreconocible epitafio; tras leer sus notas ya no me cupo duda alguna de que para él, VIVO tuvo un sentido mucho más profundo para mi abuelo del que suponían mis parientes en mi niñez y del que yo mismo había pensado hasta antes de hallar sus escritos. Fue así que comencé a interesarme por la vida del padre de mi padre; leyendo y estudiando mucho tiempo todas y cada hoja y cada línea de sus escritos; para terminar confirmando mi primera intuición: Esa palabra tenía para él un significado que dominó su vida entera.

Muchas de sus notas tienen un carácter privado que no creo necesario referirlas o entrar en detalles, salvo por una persona que fue citada muchas veces, Johann Hermann Obereit quien aparece relacionado con un viaje al país de los *devoradores del tiempo*. De las notas surge también que mi abuelo fue miembro de una sociedad secreta llamada “*Los de Philae*” o “*Hermanos Filadélficos*”, una orden que hundía sus raíces en el antiguo Egipto y que había sido fundada, al parecer, por el legendario Hermes Trismegistus. Mi abuelo había anotado incluso rituales secretos y los signos para que los miembros se reconocieran entre sí. El nombre de Johann Hermann Obereit, como he dicho, aparecía con frecuencia en estos escritos. Fue químico y gran amigo de mi abuelo y pude entrever que incluso estuvieron juntos en Runkel.

Como es lógico, sentí deseos de saber más acerca de mi abuelo y sobre su renuncia del mundo para entregarse al estudio de aquella antigua, oscura y universal filosofía que a parecer cultivaba el espíritu y sólo el espíritu; según pude entrever a través de sus notas. Decidí entonces volver a Runkel en busca de algún descendiente de Obereit, por si conservaba recuerdos familiares o cualquier otro escrito. Runkel es un pueblo pequeño y lejano al margen del tiempo, un pueblo que parece nacido de un sueño o de un clamor ancestral, una especie de reliquia legada por la Edad Media. Sus callejas y pasajes son estrechos y silenciosos como la misma muerte. Levantado sobre la pura roca, impera allí el castillo de Runkelstein, señorío de los antiguos príncipes de Wied.

A la mañana siguiente a mi llegada, fui al cementerio de la parroquia llevado por un impulso irresistible. Evoqué los días de mi niñez y juventud, reviviendo recuerdos mientras caminaba entre tumbas cubiertas por hierbas y hojas otoñales y leía mecánicamente epitafios y nombres de quienes allí reposaban. No tardé mucho en verme ante la tumba de mi abuelo con su mística inscripción y no pasó mucho tiempo hasta que me di cuenta que, en contra de lo que había supuesto, no estaba solo.

Un anciano de cabello blanco y surcos pronunciados en el rostro, se hallaba sentado en una tumba cercana con la barbilla apoyada en la empuñadura de marfil de su bastón. Me miró con asombro a medida que me acercaba; sus ojos eran brillantes y vivos; ojos que al mirar, recuerdan algo familiar. Vestía con cuello alto y corbata de seda negra, como escapado de un retrato victoriano. Atónico por esta presencia y preso de una intuición irrefrenable que me conmocionaba; mientras me dirigía hacia él, sin más le pregunté si era Obereit.

*-Sí, yo soy Johann Hermann Obereit* -dijo el anciano sin dar muestras de sorpresa ante mi pregunta.

Me quedé sin aliento al escucharlo. Nunca desapareció mi sorpresa ni mi emoción durante el tiempo que conversamos. No es común encontrar un hombre que, siendo mucho mayor que yo, -que orillaba el medio siglo en ese momento-, apenas parecía un poco más grande. Me dijo que contaba con un siglo y medio de años a sus espaldas. A pesar de mis canas, no pude menos que sentirme un niño frente a él; sobre todo cuando hablaba de Napoleón y de otros personajes históricos a los que había conocido, como quien habla de amigos que murieron ayer.

*-En Runkel* -dijo sonriendo-, *creen que soy en realidad mi nieto...* - y señaló una tumba por la que pasábamos, pues habíamos comenzado a caminar entre las sepulturas, en la que se veía con claridad el año de 1798.

*-Lo cierto es que soy yo quien debería yacer allí* -siguió diciendo-, *y como no quiero que la gente de aquí me tome por una especie de Matusalén, digo que soy mi nieto y*

*esta sepultura está vacía. La palabra VIVO -dijo como si me adivinara el pensamiento- solo aparecerá en esa tumba si alguna vez muero realmente.*

Nos hicimos amigos e insistió en que me quedara en el pueblo. Estuve un mes entero en Runkel; noche tras noche nos entregábamos a profundas reflexiones y debates sobre un sinfín de cosas. Pero siempre que le preguntaba por el significado de aquella sentencia leída entre las notas de mi abuelo, cambiaba de conversación.

*-¿Cómo puede escapar un hombre de la muerte, si no es cesando en su espera y renunciando a toda ilusión? ¿Qué quiere decir eso?* -le preguntaba yo.

Una noche, la última que pasaría en Runkel, hablamos de los antiguos procesos contra las brujas. Dije que aquellas pobres mujeres no eran más que histéricas bárbaramente sacrificadas, cuando me replicó con una pregunta:

*-¿Así que no cree usted que un hombre pueda abandonar su cuerpo y vivir a través de las edades?*- dijo mirándome intensamente.

Negué con la cabeza.

*-Eso me parece delirante -respondí, echándome a reír-. En cuanto a las brujas, creo que está suficientemente probado que accedían al trance mediante la ingestión de narcóticos, eso es lo que las llevaba a creer que abandonaban su cuerpo y volaban en escobas.*

Pareció sumirse en una profunda reflexión.

*-Puede que usted crea que yo mismo viajo a través de las edades solo con mi imaginación -dijo al fin y volvió a sumirse en una especie de meditación.*

Tras un largo silencio, que no interrumpí, se levantó lentamente para dirigirse a su escritorio. Volvió con un pequeño volumen entre las manos.

*-Quizá pueda interesarle algo que escribí a raíz de una experiencia vivida hace muchos años -señaló-. Debo decirle, sin embargo, que en aquel tiempo era yo muy joven y aún estaba lleno de esperanza.*

Comprendí por la expresión de sus ojos, tristes entonces, que en efecto aquello lo había escrito muchos años atrás.

*-Siempre he creído -comenzó a decir- en eso a lo que los hombres llaman vida. A pesar de todo lo que me ha ocurrido con el paso del tiempo... Perdí cuanto más quería: mi esposa, mis hijos... todo... Entonces, cuando más solo me hallaba en este mundo, tuve la ventura de conocer a su abuelo... Fue él quien me ayudó a*

*comprender que nuestros deseos y aspiraciones sólo son expectativas, ilusiones, una larga espera... Y me ayudó a comprender igualmente cómo se enraciman, cómo se devoran entre sí las esperanzas, las expectativas, la espera, para quitarnos del rostro la máscara y que rueden las lágrimas propias del llanto de esos fantasmagóricos vampiros que penan eternamente. Los llamamos los devoradores del tiempo pues son como sanguijuelas que succionan la sangre de nuestro corazón, henchido de tiempo, para quitarnos la savia de la vida. El tiempo, amigo mío, es como una sanguijuela. En esta misma habitación en la que nos encontramos decidí hace muchos años emprender la conquista de la muerte mediante el estrangulamiento de todas las esperanzas, tan devastadoras como ese tiempo que indefectiblemente deviene en una sanguijuela. Y entonces... -*

Hizo una pausa y respiró profundamente para hallar de nuevo el resuello que le faltaba.

*-... y entonces me convertí en una especie de leño que no diferencia si lo acarician o si lo golpean con el hacha, si lo arrojan al agua o lo echan al fuego... Desde aquel día, al menos eso quiero creer, me he desprovisto del sufrimiento consustancial a la esperanza. Ya no necesito buscar consuelo; en realidad, ya no preciso de nada. Además, ¿dónde podría hallar lo que necesitara? Sé qué soy, naturalmente; sé también quién soy... Sé que vivo... Pero hay una diferencia fundamental entre vivir y estar vivo.*

*-Lo que dice parece muy simple, pero es terrible -lo interrumpí profundamente conmovido por sus palabras.*

*-No crea. Las cosas son simplemente lo que parecen -dijo sonriendo tristemente-; el problema radica en que albergamos esperanzas. Al margen de este sentimiento, de este dolor de corazón, le aseguro que se ve uno imbuido de una suerte de beatitud que acaso comprenda usted si le digo que es muy parecida a un sueño confortador. Es una especie de dulce melodía que calma los nervios. Y en esa calma puedo saber quién soy realmente. Cuando nace en el corazón esa melodía, ya no muere. Ni durante el sueño, ni cuando el mundo exterior nos llama y agita con sus oleadas, ni cuando llega la hora de la muerte cesa esa melodía.*

Continuó diciendo.

*-Le diré por qué mueren los hombres tan pronto, por qué no viven esos miles de años que dicen las escrituras de los antiguos patriarcas que debe vivir el hombre... Son como las primeras hojas del árbol, pero olvidan que pertenecen al tronco; por eso mueren los hombres en el primer otoño... Ahora le diré cómo he logrado preservar mi cuerpo de esa devastación. Hay una doctrina antigua, muy antigua, tanto como la misma humanidad, que se ha transmitido oralmente hasta nuestros días, aunque son muy pocos los que la conocen. Esa doctrina nos enseña a*

*mantenernos en pie ante el umbral de la muerte y a traspasarlo incluso sin perder la conciencia de que lo hacemos; solo el que ha muerto en su primer otoño lo traspasa inconscientemente. Quien logra traspasar incólume ese umbral deviene en un maestro de sí mismo, en un hacedor de su propia existencia. Así gana un nuevo ser, en sí mismo, sin dejar de ser... Y ese nuevo ser que refuerza el sí mismo es la herramienta que nos da la facultad de convertir nuestras manos y nuestros pies en los órganos imprescindibles. El latido del corazón y nuestro hálito insuflan la vida al espíritu, capaz así de ir en pos del tiempo, a través de las edades, como fueron los israelitas tras salir de Egipto, como las aguas del Mar Rojo se hicieron a un lado para permitirles el paso. Así he ido yo a través del tiempo, a despecho de las torturas sufridas, preservando siempre a mi espíritu de los sinsabores para fortalecer el cuerpo y hacer que solo obedezca a mi espíritu. Muy pronto me sentí libre de ataduras, como nos sentimos al soñar que volamos... Pero también es cierto que alguna vez sentí que caía irremediamente hasta verme arrastrado por una corriente negra que parecía ir del sur al norte. En nuestro lenguaje gnóstico llamamos a eso cruzar el Jordán. Vadear peligrosamente la existencia, no tanto con el agua al cuello como con la sangre a la altura de nuestras orejas. Cuando hice ese tránsito oí voces que me alertaban, que me llamaban a volver atrás. Estuve a punto de hacerlo, asustado, temeroso ante aquellas voces que me invitaban a desistir como tantos lo habían hecho. Pero entonces vi unas piedras que sobresalían del agua y a las que me así, resistiendo al torrente hasta que pude nadar y alcanzar la orilla. Allí me vi, en mitad de la noche, desnudo como un niño recién nacido. Habían desaparecido de mí los caracteres de mi sexo, pero poseía ahora un tercer ojo, que era como el ojo de Polifemo. Un ojo que me guiaba en la oscuridad y me llevaba de tierra en tierra y de isla en isla.-*

El anciano continuó.

*-Fui a lo largo de un camino bañado por la luna, pero no sentía el suelo bajo mis pies. Cuando intentaba tocar los árboles o los arbustos, no los sentía en mis manos. Era como si hubiese entre lo que me rodeaba y yo una cortina de aire que me impidiera el contacto. La fosforescencia de las hojas y de las ramas caídas todo lo cubría, imposibilitando la visión. Pero el perfil de las cosas semejava vagamente la existencia de algo blando y húmedo como los moluscos y todo parecía extraordinariamente sobredimensionado. Pájaros de grandes plumas, pájaros de ojos redondos y enormes... Animales como perros gigantescos que se deslizaban lentamente sobre el musgo para acercarse a mí y observarme... Había una viscosidad indescriptible en todos aquellos extraños seres que me rodeaban. Eso me hizo cobrar consciencia de quién era realmente, y de lo que era: algo tan real como lo que me rodeaba; algo, a la vez, tan deletéreo como lo que me rodeaba; algo, en fin, que habitaba las sombras a medias entre lo terrenal y lo imposible; a medias entre lo real y lo que parecía soñado, como esas sombras que se devoran a sí mismas en la muy larga espera de la felicidad. Como el hambre que mata a los cachorros de los animales del bosque, cuando sus madres salen en busca de*

*alimento y tardan en volver, así crecen los espectros en esa región de los espíritus, y así los espectros, para no morir definitivamente, absorben la sangre de las criaturas de este mundo, como las sanguijuelas y como las arañas. Los poderes de la vida no son nada, pues ante ese ansia de sangre se desvanece toda esperanza; todo es voracidad en ese país del tiempo de las sanguijuelas; y solo la voracidad impera mientras alguien aguarda en vano la culminación de sus esperanzas.*

*Tras salir milagrosamente indemne de ese tránsito, llegué a una ciudad habitada por mucha gente... A unos los había conocido en la tierra. Traté de preservarme, cuanto me fue posible, de sus vanas esperanzas; más aún, traté de abortar sus propias esperanzas. Vi que cuanto más erraban a la espera de la concreción de sus esperanzas, más caían en la devastación que los tornaba vampiros, esos seres demoníacos que habían devorado sus corazones sin que pudieran darse cuenta, precisamente porque los vampiros también albergan la esperanza de vivir a través de las edades para redimirse y así van devorando el tiempo y la vida de los píos. Y así vi cómo también los píos se convierten en monstruos de grandes garras y ojos encendidos, en busca de sangre con la que hinchar sus mejillas. En aquella ciudad vi también un banco con un letrero que anunciaba en sus ventanas:*

*Agencia Fortuna  
Cada billete gana el primer premio*

*De aquel banco salía gente arrastrando sacos llenos de oro, mostrando grandes sonrisas triunfales en sus rostros de labios tumefactos: eran fantasmas que se habían dejado la existencia en la tierra buscando la suerte, insaciables de ganancias. Entré en el gran vestíbulo del banco, que semejava un templo colosal, con columnas que parecían llegar al cielo. Allí, en su trono hecho con sangre coagulada, reinaba un monstruo con cuatro brazos. Su cuerpo era humano, pero tenía la cabeza de una hiena y reía abriendo sus grandes mandíbulas. Era el dios de la guerra, aquel a quien las naciones más salvajes y supersticiosas elevan sus preces para pedir la victoria sobre el enemigo. Lleno de horror salí corriendo, angustiado por aquella atmósfera de corrupción y decadencia. Me perdí en las calles, pero solo para desembocar ante un palacio esplendoroso como nunca me había sido dado contemplar palacio alguno. Todo, las piedras, la ornamentación, el esplendor, en fin, me resultaba familiar. Era como si yo mismo lo hubiera construido, o soñado. Comencé a subir la escalinata de mármol. En la gran puerta que había ante mí pude leer... mi nombre:*

*JOHANN H. OBEREIT*

*Entré. Una vez en el interior me vi con un manto de púrpura y sentado a una mesa en la que había manjares propios de un festín. Miles de esclavas bellísimas servían ese festín. De inmediato reconocí en ellas a todas las mujeres que dieron placer a mis sentidos a lo largo de mi vida, incluso aquellas con las que solo pasé un momento.*

*Un sentimiento de odio indescriptible me invadió cuando reparé en que todas ellas no me habían hecho sino caer en la perversión vestida con todos los lujos que había sido mi vida; fue así como yo mismo hice un llamamiento a mi salvación acudiendo a mi propio ser, el único que podía liberarme de las vanas esperanzas y de las expectativas que aún anidaban en mi alma. Con auténtico pavor contemplé entonces el discurrir de mi vida entera, una vida desperdiciada en la espera, en la constante espera que solo conduce a la muerte. En ese sentimiento pasé unas pocas horas. Como una burbuja había transcurrido mi vida. Le aseguro que lo último que vemos en esta tierra es precisamente lo que genera nuevas esperanzas, una nueva espera. El mundo entero viene a ser preservado de sus miserias, así, por el pestífero hálito de lo decadente. ¿Quién no ha experimentado esa enervante debilidad que se apodera de uno cuando está sentado en la sala de espera de un médico o de un abogado? Pues eso a lo que llamamos vida no es más que la sala de espera de la muerte.*

*Repentinamente había comprendido al fin qué es el tiempo. Nosotros mismos estamos hechos al margen del tiempo. Los cuerpos parecen algo en sí mismos, pero no son más que tiempo coagulado. Nuestro diario peregrinar solo nos conduce a la tumba, que es una forma de regresar al tiempo y de esperar en vano la consecución final de las esperanzas, pero los síntomas de ese proceso no son distintos de los que se producen con el hielo, cuando vuelve a ser agua. Ahora lo comprendo todo, al fin; este conocimiento hierve en mi mente y me llena de dudas que se acrecientan de continuo y hacen que el conocimiento muestre un gesto de horror en el rostro con que me alumbra. Hace años que supe qué tenía que hacer: luchar contra la muerte con todas las armas disponibles; luchar contra esos fantasmas que succionan nuestra sangre como los vampiros. Sí, los vampiros saben perfectamente cómo hacerse invisibles a los hombres, cómo ocultarse a nuestras miradas, pues nuestros ojos son los parásitos de nuestra existencia. Esa es la mayor y más diabólica treta de los vampiros: hacernos creer que no existen.*

*Pero desde que adquirí ese conocimiento del que le he hablado, mi vida gira en torno a dos ideas: expulsar la idea de la ilusión y la idea de la espera.*

*-Creo- intervine entonces, aprovechando un silencio del anciano -que yo no sería capaz de dar ese primer paso necesario para emprender el viaje del que usted me ha hablado. Y lo creo así porque estoy seguro de que mi alma, como la de todos los hombres, se alimenta de la ilusión y de la espera, y solo contraviniendo esos anhelos*



*del alma podrá llegar al estado de placidez que usted propone. Mi alma vive de la esperanza... Pero...*

*-Sí, pues contravenga usted a su alma -me interrumpió-. La esperanza vive en usted mismo, en su propia vida. Bien, sea usted el eje sobre el cual tenga que girar su alma, no permita que el proceso siga produciéndose a la inversa. Conviértase en un autómeta, conviértase en un muerto viviente, eso es lo que le sugiero... No se deje tentar por las frutas más sabrosas y así acabará con la esperanza del deleite. No alargue usted jamás una mano, para que nadie se la tome. Al principio parecerá usted un vagabundo penando en busca de consuelo por los desiertos, pero lentamente su soledad le hará descubrir el brillo real de las cosas, por lo que podrá contemplarlas en su verdad -tanto las más bellas como las más feas-; y comprenderá entonces que la verdad de las cosas es su único esplendor. Todo, así, carecerá para usted de importancia, y le dará a la vez lo mismo que las cosas no la tengan... Todo evento, todo cuanto suceda ante sus ojos, será importante en la misma medida en que carecerá de toda importancia. Será como matar al dragón y beber su sangre; podrá decirse entonces: navegué a través de un mar sin orillas y de una vida sin fin, con velas de nieve.*

Todo lo anterior fueron las últimas palabras que me dijo Johann Hermann Obereit. No he vuelto a verlo. Han pasado muchos años desde aquel día, pero he tratado de seguir, tan bien como me ha sido posible hacerlo, su doctrina. No obstante, ni la ilusión ni la espera son ajenas a mi corazón. Soy quizá demasiado débil como para arrancar de mí esas palabras, por lo que seguramente jamás adornará mi tumba esta leyenda:

V	I
V	O

FIN